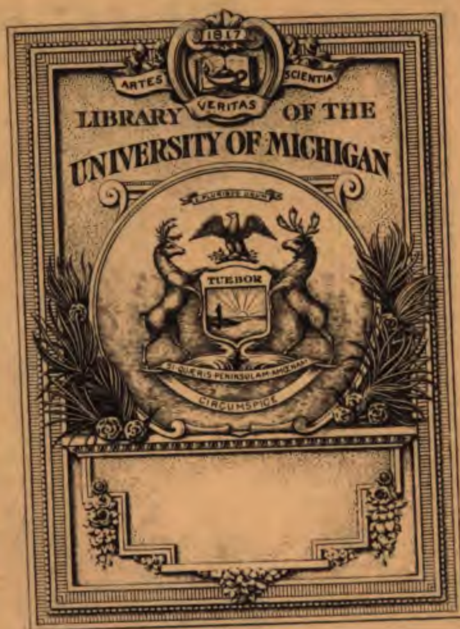
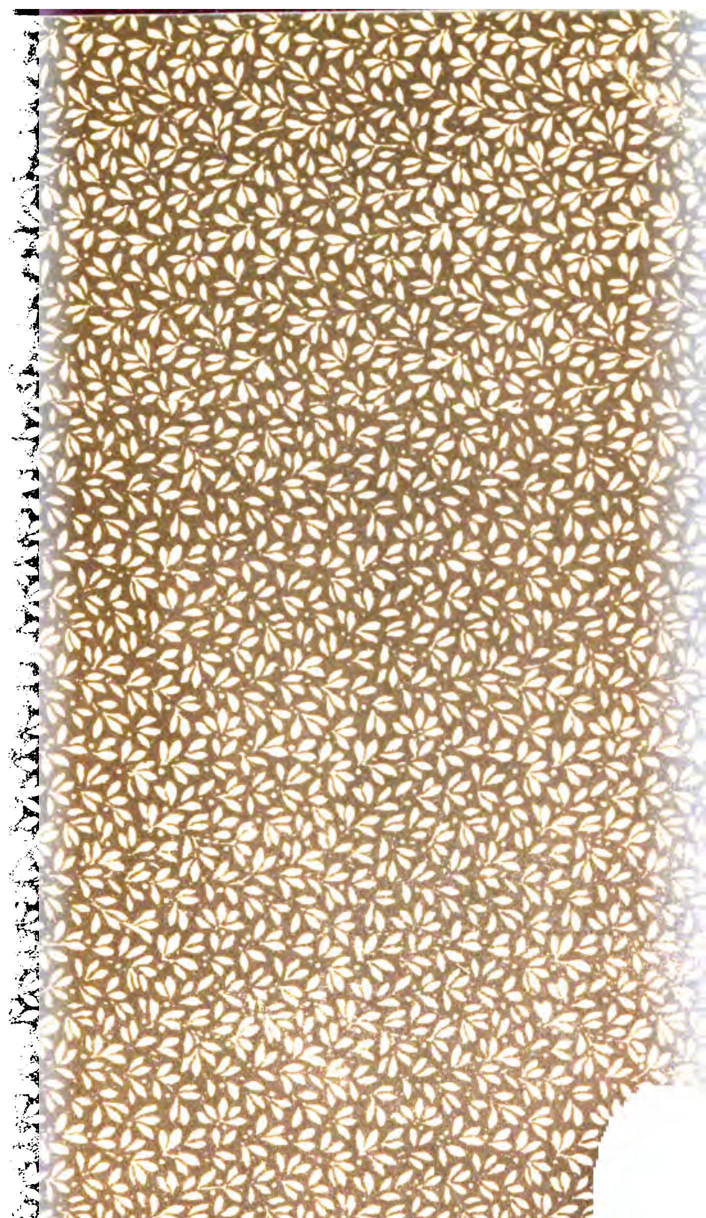

1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE



LAS SIESTAS DEL CAÑAVERAL

FEDERICO GARCÍA-SÁNCHIZ

LAS SIESTAS
DEL CAÑAVERAL



MADRID
BIBLIOTECA ECONÓMICA SELECTA
M. PEREZ VILLAVICENCIO, EDITOR
REINA, NÚM. 33
1907

Tipografía de Archivos. Infantas. 42.

LAS SIESTAS DEL CAÑAVERAL

(FLOR DE ROMANCES EN PROSA)

A Rosa, Maria, Vicenta y Josefina Aguirre.—A mi hermana Elisa.

PRELUDIO DE LA VIHUELA

... Hoy no tengo repasos; ni el de Metafísica, ni el de Economía; los domingos no vale que me remuerda Junio, ¡y hoy es domingo! Apenas comí ya me mudé con mi camisola fina de guarniciones y con mi corbata nueva, ésta á rayas de oro que derrotó á aquella de pecas amarillas en fondo azul; aquélla, comparable al cielo estrellado; también me he puesto los zapatos de piel perfumada y con grandes lazos de seda, luego los pantalones á cuadros blancos y negros, después la chupa que me envió ayer maese el sastre de Madrid. Y he cambiado el galón que sirve de cadena á mi reloj. Por último, saqué el sombrero de la caja—el jipi legítimo—, me lo coloqué hacia una oreja, como suelo, así, graciosamente, y...

—¡Ha, ha, hi, hi, hi... ha, ha!

Al sentir las inesperadas risas que suenan tan de repente detrás de la puerta, me adelanto con decisión y abro.

He encontrado en la antesala unas muchachas que se ruborizan al verme; se han ido poniendo como guindas, una por una; parecía cuando el fanalero enciende el racimo de faroles de una lámpara.

Resulta que las madamitas venían por mí; aprovechando la libertad de la fiesta se reúnen aquí en la casona de mis parientes y «querían que yo tocase la vihuela» — que la toco que mis amigos me llaman *El Vihuelista*—y que cantase además «esos romances que tú sabes», como dicen ellas, y debieran decir «esos romances que tú sabes inventarte»; en fin, se lo perdono, que no me gusta la mujer letrada. Tornando á lo que estábamos de que cantase, yo me niego. Y comienzan las súplicas, el enternecerse las miradas, el cruzarse las manos al pecho; y unas de las doncellas cruzan las manos por mostrar dolor, mas otras por mostrar la sortijica ó las uñas rosadas; y conviene advertir que lo que

no me enamoran los joyeles, me cautivan unos dedos que se tomaran por joyeles.

—Pero, madamitas — les opongo yo, no obstante—, ¿no comprenden que si abandonan por tanto tiempo el piano, los bolillos, el salterio, la malla...?

Replica una:

—¡Hoy es domingo!

Y yo:

—Bien. ¡Pues salta un inconveniente mayor! ¡Que ahora es la hora de la siesta, y no nos dejarán cantar!

Me ataja la segunda madama de quince años:

—Precisamente por lo de la siesta no nos estorbará nadie.

—A más—añade mi prima, ayudándose con los dedos, y son sus dedos los que son como unas primorosas jovas—, á más, que iremos al jardín. ¿Y á quién molestamos en el jardín?

Yo vacilo; ellas me lo conocen, y cerrando sobre mí me obligan á descolgar la vihuela. Principio á desenfundarla; de pronto exclamo, plantándome:

—¡No voy si no me prometéis, como premio, las flores que lleváis á la cabeza!

—Miren el señor estudiante. ¿Para qué las pedirá?

—Eso, Gustavito: ¿para qué las pides?

Y yo:

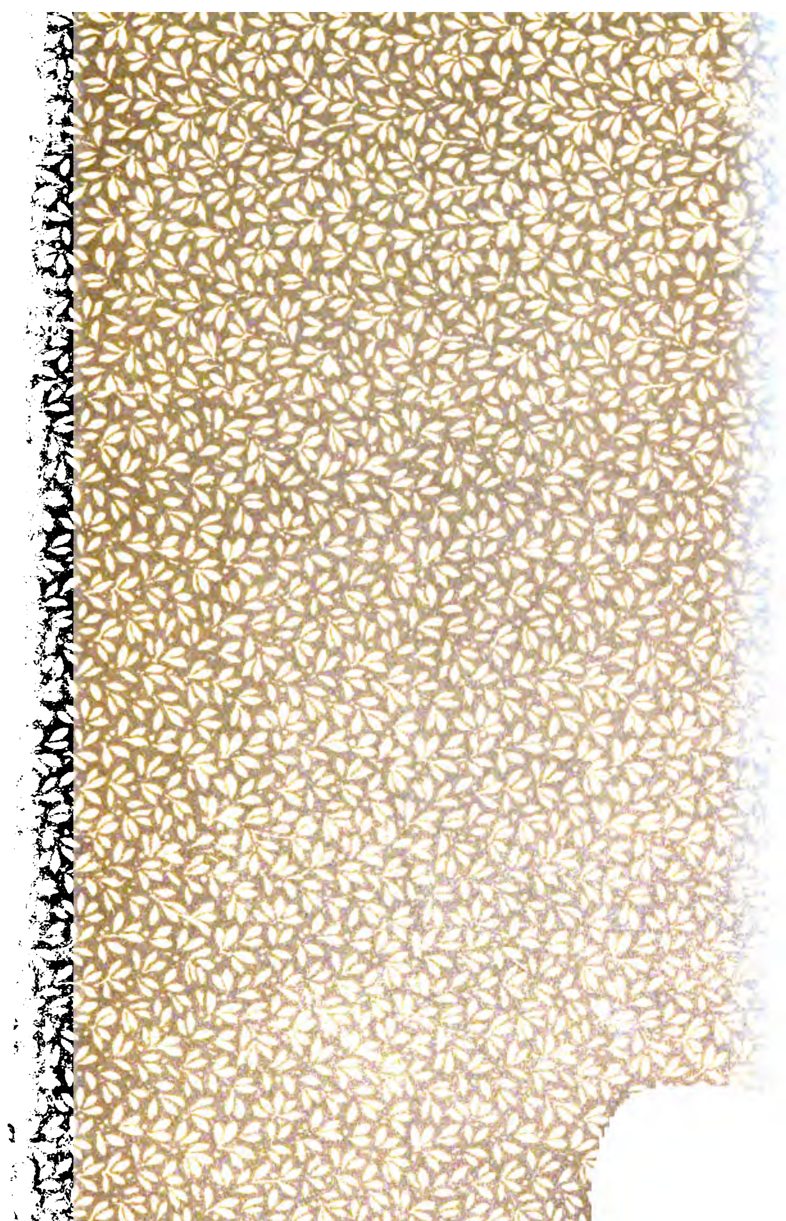
—¡Porque soy estudiante de boticario, y me exigen la Botánica!

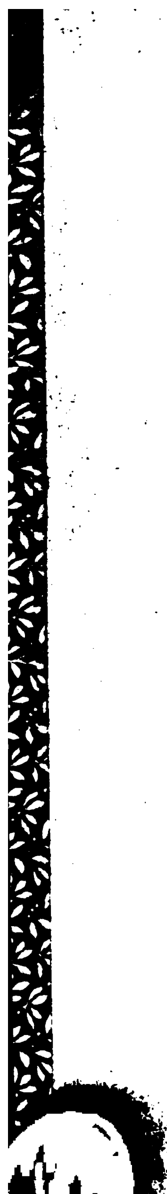
—Si estudia para abogado. ¡Ay, el trapalón!

—¡Ha, ha, ha, hi, hi!

Bromeando y celebrando las burlas arribamos con el mejor humor al huerto. Allí me saludan unos garzones que seguramente me odian por mi jipi, y creo que en especial este mozo tonto me envidia á rabiar por causa de una esencia que yo gasto y que él no consigue hallar en sus droguerías: sin embargo, como á forastero y que llega de la corte, me respetan, aún no se atreven conmigo. En el entretanto de las reverencias y políticas, las muchachas me han dispuesto un trono cabe el bosquete de juncos y cañas de las Indias. Entonces ruego yo que se suel-

ten las fuentes, y en seguida se escucha la música de las aguas, y en medio, y estirados en la diafanidad del azul, los surtidores pintan la enfática figura de un látigo de carroza, un látigo de cristal para la carroza de mis romances de la infanta infantina. La diafanidad del cielo es una maravilla; sin duda que por tan rara transparencia es por lo que se divisa la luna, pues ya se divisa, allá, en las palmeras. Dentro de un macetón roto brinca y chilla una mona. Rebotan las golondrinas contra las estatuas y contra las echadas persianas del casón. Destacando de la espesura de un seto recortado en arcos y en muros con almenas, un lebrel se alarga hasta descoyuntarse, en el caliente sendero. A nuestros pies reposa el enjambre de palomos. Las ocas de fresca albura se hunden en el césped de la umbría, y la vecina alberca, como deseosa de apresarlas, les tiende una engañosa red de reflejos y de espejuelos. Envuelve el jardín una luz dorada, del oro de los girasoles, que lo aletarga, adurmiendo, ensordeciendo los verdes vigorosos y agudos de los árboles,





LAS SIESTAS DEL CAÑAVERAL

vía su instinto. Cuando se abrió la primavera y el brote que es Abril se redondeaba en la rosa que es Mayo, el Conde don Falleba adornábase con flores sus espalda y pecho desnudos, se bañaba en un barrancal de allí cerca, salía de nadar chorreando como una tinaja que se desborda y se secaba corriendo contra el aire. Poníase como ceñidor un grueso trenzado de diversas cortezas de árboles y en el que ensartaba la cuerna bocina y la cuerna copa. Si se terciaba, molía el trigo en una losa ancha. A través de los años, todavía guardaba el primer fuego que encendió en la selva de las montañas. Y cabalgaba sin el cabalgar y pretendía cazar las águilas á pedradas, y si cantaba, acompañábase golpeando, con un fémur de un mulo, la sonadora y enorme calavera de una vaca: esos y los otros huesos se amontonaban en medio del bosque, orlada su transparente y triste amarillez con una funeraria y enroscada sierpe de betuminosos cuervos...

Por abreviar y decirlo de una vez, el Conde Falleba y su tribu resucitaban la edad de las

cavernas, del reno, del sílex tallado, del pulimentado.

Siguiendo una consecuencia inevitable, también en su profesión se andaban por las lindes de la prehistoria. Sólo buscaban comer, y gozar hembras. Que no temieran perder, el viajero su rollo de pergaminos, la dama de la hacanea su collar de brillantes. Al viajero le pedían el zurrón con el pernil y la buena bota: la dama, sin cendal que ocultase su escondida preciosidad, pasaba de abrazo en abrazo, como el jarro de beso en beso en un corro de bebedores, y la lujuria llagaba el cuerpo dulce y fino.

Pero arribó el tiempo de morirse don Falleba y sus capitanes. Un nuevo don Falleba entró á robar. En tocándole el número desapareció este Falleba, lo heredó el tercero, y así muchas generaciones. Entretanto se perfeccionaba, se refinaba la ladronesca. Vino el milagro por aquel caminal que con sus zarzas atraía como una sirena con sus melodías irresistibles. El peregrino, confiando en la hermosura, se aventuraba á vagar por la

selva, y en lo mejor — tal vez le cortaban la contemplación poética de un revuelo de los pájaros —, como si al moverse el viandante pisara en un disimulado resorte, cerraba sobre él el cepo de los foragidos. Y ya se sabe que lo desposeían y no se duda de que cada época aportaría su no esperado regalo. He aquí, pues, la manera, por demás clara y natural, de progresar la famosa gavilla de los bandoleros prehistóricos.

Alcanzaron incluso el pavonearse con un siglo de oro. Acaso, á la sazón, se alistaran en el ejército glorioso, un bravucón Rolando, una vieja cocinera que llamaban la señora Leonarda, un criado negro, Domingo, y, aunque á la fuerza, un doncel, después célebre, que respondía por Gil Blas de Santillana. ¡Oh, entonces...! Entonces luengos y retorcidos mostachos, aceros de la Imperial, sombreros amplios como un miriñaque, moñas en la boca de los calzones, tabaco, cuentas de vidrio, el lujo de unos libros de las horas, naipes, dados, tambores, mil instrumentos músicos...

Entonces pudieron al cabo vencer á sus maridos y amos las nietas de don Falleba. Con la abundancia en el soterráneo de telas y de joyas ricas se aderezaron, y ya rivalizaban con las mujeres apresadas con los coches de las carreteras. Y asaltó á los galanes el remordimiento, la gentil y donosa locura de un remordimiento en amor.

Para colmo, cansado un rey Felipe de que le mellasen la Santa Hermandad, absolvió á la hermandad de diablos, la perdonó de la horca y de cualquier penitencia mayor y menor — del remo en las galeras, de los azotes, de un emplumamiento —, si Rolando, el mismo Lucifer, se arrepentía de sus como un sapo feas culpas. Rolando recibió la paz con banderolas y aturdiendo el mundo á clarinadas...

TERCERA SIESTA
Y TERCER ROMANCE NOVELECO

En cumplimiento de su palabra, que formalizaron escribiéndola en papeles con sello del Rey, los ladrones que digo ya no robaron más: y como eran difíciles para cualquiera regular y admitido trabajo, pensaron y decidieron no tomarse ninguno por nada, y, en efecto, soltando las riendas al potro montaraz de su vida, se entregaron á la holganza y profesaron de señores.

Fueron como unos señores campesinos, empero muy altos señores. Vaciaron la cueva de los tesoros y salieron al aire diversas suertes de vestidos de viajar y mil clases de armas. Abrieron un cofre de hierro en donde guardaban las joyas de oro y piedras preciosas, y corría que cuando rodó la tapa, los

rayos del sol se quebraron del choque, se astillaron con su mucha luz al descubrimiento de más grandes luces, así como un leño duro que golpease en una madera más densa y resistente. En nuevos cofres repletos de césped seco y blando encontraron una fina vidriería de beber alquitarados mostos. Descolgaron de los muros los instrumentos músicos de que también antaño se apoderaban, las vihuelas que cecean y las trompas que suenan como el viento. Con los referidos instrumentos estaban unos arneses de festividad para las caballerías, y en adelante, las manos de los antiguos bandoleros ya no se cogieron como garras á las ásperas bridas de acero ó de cordobán, sino que calzadas al estilo de la corte, apenas sostenían un cordelico de seda, y esto con aquel descuido de tanta elegancia con que se lleva una flor por el tallo.

Luego, con dar gusto á las orejas y á los ojos, picó el deseo de contentarse más los sentidos y se llenó el sótano de flores, que cada mañana se cortaban, con propósito de que cada mediodía alegrasen el yantar; y en

la yanta el vino, brotando espontáneamente de los odres que adornaban pámpanos, fluía á chorros, con vena arrolladora, y humeaban las viandas en tan mayor número sobre la misma mesa, que parecía el humo de los manjares el de las chimeneas de una populosa, bien que liliputiense, villa...

En fin: aderezados con su hábito de cola larga, el Júbilo y la rubensniana señora Esplendidez se paseaban triunfales por la selva, volcando aquí y acullá el cuerno de la abundancia.

No se interrumpían los conciertos de vihuela, los rosarios en comunidad (rosarios de coplas), los juegos de acertijos, los torneos épicos, las cacerías con halcón. Y era cosa de admirar las damas ataviadas con lujo de emperatrices y precedidas de una nutrida jauría que se destrenzaba rápidamente á un gesto de esas damas, las cuales, como azuzaban los lebreles, azuzaban los cazadores á que se ofendiesen y matasen por historias y embelecos del amor.

Surgieron poetas y locos: y si despacio se estudia, no había allí nadie al que no cuadra-

se el título de vate ó el de orate: en el indumento mezclaban muy reñidos países y aun épocas, y en una única diversión las más apartadas edades del hombre: no se cuidaban de que se acababa su fortuna, y se acababa por aquello de que la vajilla se rompe en las orgías y por lo otro de que no podrían volver á conquistarla, su fortuna, en gracia al pergamino con sellos reales.

Además, ya no se ofrecían gentes de alforjas ó de bolsas piñas — el dinero convierte en una piña un saco de velludo —, gentes que asaltar, en resumen. La fama pregonera alejaba así al pastor como al caminante, y aquél y éste y ése escapábanse sin que fuesen notados, porque, según se aproximaban á la ladronera, erizados de temor principiaban á andar con la vista, sin ruido de los pies, que se creyera atravesaban por debajo una roca suspendida inverosímilmente en una cima, y todo aterrados de imaginarse que bastaría la vibración de la voz nuestra para que la mole se derrumbase encima de nosotros, nosotros, los gusanicos, las indefensas hormigas...

Cayó al último el último grano de arena en el reloj. Igual que el otoño vence al estío y el invierno al otoño y que la vejez á la juventud, derribó la Miseria á madama la Esplendidez. ¡Y adiós, que no volveréis nunca, mi rocín de anca curva como una hoz, de pupila de toro; mi galgo con ajorcas de plata; mi banda bordada y con flecos; mi copa transparente y el licor más transparente de que solía colmarte! ¡Adiós la vihuela, caracol marino en que se estira el pentagrama! ¡Adiós las voluptuosidades, la placentera fembra mía, adiós!..

SIESTA CUARTA
Y UN ROMANCE PASTORIL

La nube se aclaró en parte granizando y en parte en una dulce lluvia. La granizada estuvo en que los locos, ya que no podían seguir de señores, se hicieron soldados, engancháronse en los tercios de Italia y de Flandes; y estuvo la suave y mansa lluvia en que se tornaban pastores los poetas. Enviando noramala el chambergo y la valona, tocáronse con una montera de piel, cargaron con un zurrón fabricado de un macho de cabrío entero, calzaban unos zuecos de carrasca, apoyábanse en un largo cayado de boyero, que desterró las lanzas y los estoques...

Salían muy de mañana con sus ovejas, y tendiéndose en el herbazal, ahora cantaban, ahora silbaban en un flautín, ó más bien, con

un cuchillo que llevaban colgado al cuello, dibujaban flores y animales en sus almadreñas y en sus cucharas, de pino. Al medio día amasaban una torta como una rueda de moler y guisaban un gazpacho de agua, aceite, abadejo, la torta, y unas pimientas agudas y picantes como los aguijones de las avispas. Antes de que estallara la postrera burbuja del caldo, ya los improvisados rústicos se acomodaban á la redonda de la sartén, bajo la frondosidad de que pendía la bota. En esto el mayoral murmura: «Jesús»; responde el hato: «Jesús»; y en seguida, á una el viejo y el niño principian la yanta. ¿Y no maravilla el chiste del zumaque, que siempre, siempre, daba sueño al anciano y, en cambio, despabilaba á los jóvenes?

Tanto los inspiraba que, mientras el abuelo se amodorraba á la siesta, y sin que les doliese el abandono del rebaño, en acabando de comer corrían á buscar zagalas en la fuente.

Las ninfas, no manchadas aún, recibíanlos riéndose á carcajadas. Pues lo mismo que si los rechazaran con desprecio. Y es que

ellos eran unos sátiros virginales y nuevecicos, ni más ni menos que ellas, y les turbaba una minuciosidad; al chasquido de una hoja que cae—por ejemplo—se espantaban como si en vez de las patas de un cabrón les sostuviesen los juncos de un corzo.

Enmudecían las novias. El chorro de la fontana se arqueaba en el aire, y, recomenzando la al brincar rota cantaleta, abullonaba el remanso en que moría. Oíanse las cigarras, calientes en la obsesión de su chirrido, y una moscarda zumbaba á trechos su grueso murmurio de bordón. A lo mejor levantábase una fresca ventolina que calofriaba los árboles copudos. Un pájaro rompía á gorjear de pronto. El bosque florecía en idilios humildes y dulces como margaritas...

Al cabo el abuelo se despertába y poníase á gritar llamando á los mancebos. Mediaba la tarde. Desenrollándose de los troncos, las sombras se estiraban, como un caracol que se despega de la concha. Los borregueros principiaban á recoger el ganado. Poco á poco, muy piano, muy lento, se iba borrando el

día, abotagado del sol. A esa hora parece como que se ensorda y que se hincha el paisaje. Es blando de color, es informe, las quiebras se embotan y quedan sin eco, sin encanto. Pero en las boqueadas se acuerda de su puro nacer á la aurora, y entonces se yergue y se idealiza, y fervoroso y místico con la visión del arcángel que nombran el lucero Véspero, reza la oración sentimental de un crepúsculo...

Dormían los pastores, en encendiéndose la luna, al resplandor de las estrellas y de unas constelaciones de luciérnagas; en los tomillos; con el arrullo de un regatuelo próximo; entre las mulas y los jumentos que transportan en su serón los corderos y los cabriticos recientes. Se descosía y derramaba el tiempo en uno ancho. ¡Todo espatarrado como una rana, y olvidando sus tesoros que rodaban por las laderas, repletas cual los senos de una matrona, triunfaba el verano! El ánima de los poetas que se tornaron pastores se preñaba de perfumes, y los rústicos recobraban su finura y arte de trovar. En un febril

insomnio del estío se combinó el romancero de la caravana del Conde, las coplas majas que como una gargantilla ó una diadema adornaron en adelante la aldea que amanecía.

Porque, disipada la obscuridad, sonrió el arco iris, y en la alborada á coro de los cabreros y los borregueros, amanecía una aldea...

SIESTA QUINTA
Y UN ROMANCE BURLESCO

Por la fiesta de los Santos abandonaron los borregueros el bosque. Peregrinando detrás del sol, descendían á más abrigadas tierras. Les espoleaban la nieve y el huracán.

No permanecieron en la aldea más que las mujeres, los niños y los ancianos que sostenían su vida con el puntal del reposo.

Sin embargo, no se movió de su casuca don Falleba, el postrero don Falleba. Era el último Conde un zagal de estatura y ancho, la piel gorda, las pupilas claras y arrebozadas en unos párpados de sebo, la peluca de una rojez bermellón. No hablaba nunca, y, si acaso, se embrollaba su lengua en unos ladridos que metían pavor. El desdichado tenía el corazón sensible y de hueso sólo la cabe-

za, y le abotagaba una pereza extraordinaria.

Habitaba el galán con la fina compaña de un lebrel, que parecía una momia, de un jumento y de un halcón enfermo de un catarro crónico. El Conde se pasaba el tiempo rascándose los sabañones de las orejas; el ave del constipado sirvió de reloj, porque constante é isócronamente destilaba en su pico un agua vítrea; el galgo tendíase como una esfinge, y de cuando en cuando lanzaba una dentellada á las moscas ó bostezaba, y los ojos se le llenaban de lágrimas, ó, esto más bien, ni siquiera se despertaba de su dulce modorra. Por lo que toca al asno, el pobre ¡ay! con su pellejo plateado y todo, se murió de hambre. Dos días estuvo recorriendo el pesebre con las narices dilatadas y no halló una brizna de paja. Al tercer día se quejó en un rebuzno ansioso. El cuarto lo empleó en menear el rabo á una parte y otra. En el quinto las tripas se le enloquecieron y se retorcían en unos sonidos estrambóticos y fantásticos. En el sexto se le apoderó la melan-

colía y resolvió suicidarse. Luego, una noche de fiebre y pesimismo. Hacia el amanecer, un estremecimiento de esperanza. Salió el sol y se colorearon de rosa las imaginaciones del hambriento. El buen burro entonces quiso escapar. Probó á librarse de la cuerda que lo ataba, no lo conseguía, se empeñó, y reculando con ímpetu, cuando no lo deseaba, ahogóse con la brida, que cedió para apretarle el gañote...

Enterado al fin del martirio de su vecino el del establo, y como repugnaba el tufillo inevitable, don Falleba intentó sacar la bestia, mas no pudo. Se marcharía él, pues. Y dicho y hecho: tomó su halcón, un perro y una cayata y se alejó de su solar, pudridero ahora. Hacía un frío horrible. El halcón tiritaba. Además, iba de mal humor en el hombro de su amo. Súbitamente comenzó á estornudar, y entre sacudida y sacudida gruñía. Después de un incorrecto y ruidoso amontonamiento de estornudos, afrentóse y calló, calló para siempre. Rodó al hielo, sin que se diese cuenta el Conde. Lo

recogió el galgo, y lo llevaba de un ala. Acabó por comérselo en santa paz....

En esto se recortaba en el horizonte un luengo bardal que rodeaba una hacienda. En medio de las verdinegras tapias subía una casona. Desde afuera se oían el batir de una maza, cacareos de gallinas y, con alternativas de silencio, una canción. Aterido que andaba don Falleba, suspiró por un sueño junto á la lumbre. Ya se imaginaba azuzando la leña menuda á que devorase el enorme tronco que pensaba hallar bajo el humero. Y descolgaba las trébedes y el perol, untaba el perol de manteca, colmábalo de panizo, y que preparasen un barreño de vino rancio, que no tardarían en rebotar los granos. ¡Oh, la voluptuosidad de la cocina seca y caldeada!

El Conde llamó en el bardal. Abrió á poco una mujer que sustentaba contra el seno un blando infante. El desvaído Conde alargó la mano y rogó una caridad. Dudaba la casera, al remate se compadeció y, guiando ella, ella y él y el perro se encaminaron al codiciado llar amoroso. Mas, para desgracia del

lebrel, se encontraban congregados al fuego los innumerables gatos del casón, que en olfateando á su natural enemigo, bufando y erizados de cola á bigotes, se apiñaron con un arrebatado ánimo de ofender. El lance, épico, terminó en una tragedia de risa. ¡El lebrel desarticulado de un golpe de tranca, y don Falleba perseguido como un raposón, hasta que se encaramó al muro y saltó á la carretera, donde se desmayó y se entumeció, y en donde le descubrieron unas comadres que tornaban de leñar y que le reanimaron á puntapiés y bofetadas!

SIESTA SEXTA
Y UN ROMANCE RELIGIOSO

—Ce, ce, ama Carola: ¿ha oído?

—La campana dice, ¿no?

—Digo la música de la campana.

—¡Qué gusto da sentirla, madre!

—¿Verdad que parece que nos echan desde el cielo agua bendita?

Está naciendo el sol, y allí, por primera vez en muchos siglos, avisan de su despertar rodando un esquilón en una espadaña. Se queda atónito Febo-Apolo, mas luego se repone, y cogiéndose con ambas cegadoras manos á unas cimas, incorpora su encorvado busto, asoma la cabeza á lo alto y mira...

Hay en una anchurosa hoya siete pequeñas casas, cuyos muros, blancos y agujereados por unas ventanas azules, no conoce.

A la puerta de la remilgada choza se extiende un tapiz de unas florecicas humildes. Detrás luce un diminuto huerto brillante y fresco como una pañoleta de aldeana. Un poco á un lado se yergue una pilastra de ladrillos rojos, con la campana que voltea ahora y con una cruz que se asemeja á una golondrina con las alas abiertas.

— Dan, dalandán, din, don...

— Dan, dalandán, din don...

— ¡Atended, ya salen!

— ¿Por dónde? ¡Ah, sí!

— Dan, dalandán, din, don...

— Din, don, din, don, dalán...

Es que de cada una de las casas ha surgido una mujer. Las siete mujeres se envuelven en unos hábitos rozagantes y albos como magnolias, y las siete llevan arqueadas de mano á mano unas ramas y unas palmas. Acuden á encontrarse en un sendero de color de rosa, y cantan, apenas se juntan, unas trovas de color de azucena:

La mañana de luz de oro,
el pajarillo sonor

Al fin se iluminan los versos con unas alabanzas á la Virgen. Descansan las esquilas. En cambio el averío hace pastoso, de tan espeso, su gorjear no aprendido. Revuela y trina, y á su continuo bullir palpitan el aire y la fronda pajarera. Ya han regresado las doncellas á su celda, y todavía persisten en su albada los jilgueros, los gorriones y las alondras.

— ¡Vaya, Felisa, adiós!

— Sí, creo que se encierran hasta la noche.

— A rezar.

— Nosotras á la cocina con la olla.

— Qué, ¿las envidias?

— ¿Yo?

— Pues, chica, á mí, con franqueza... ¡me entran unas ganas!

— ¡Taday la bruta! Qué, ¿no ganarás el cielo lo mismo? ¿Y te dejarías á Miguelón? ¿Y el pueblo? ¿Y las fiestas de San Roque? ¿Y gritar cuando quieras y dormir y correr y danzar cuando quieras?

Curiosidad tras curiosidad, comadre tras comadre, la legión de escudriñadoras

retirando. En seguida una enorme serenidad en las montañas. Aprovechando el maravilloso sosiego se extasían los lirios de la hoya, las románticas penitentes. Son las antiguas enamoradas de los locos. Los nuevos soldados las abandonaron, la ingratitud las ha herido en el corazón, no han logrado sanar de su laceria, empalidecieron, se martirizan, oran y, por último, desviaron su pasión de lo humano á lo divino.

El misticismo cuajó en las ermitas que sorprendieron al sol. Levantaron las ardorosas ermitañas tres paredes y una techumbre de vigas. En un ángulo pusieron un armario que guarda unos libros de devoción, un tabaque de costura, un pan y una cazuela. Arrimada al armario una mesa de nogal con unos hierros que la cruzan entre las patas. Frontera á la mesa una cama de tablas y de banquillos. Encima un crucifijo, un rosario de huesos de aceituna, una matuja de romero y unas disciplinas. Finalmente, un reclinatorio en la cabecera del lecho, en la diestra, y á la siniestra, un sillón de cuero y clavos dorados.

Las desencantadas novias, con sedas verdes, amarillas, moradas, rubí..., bordan unos lienzos que entregarán después por una hogaza ó por unos palomos ó por un cuévano de cerezas ó albaricoques. Hilan algunas de las monjas. Algunas, que poseen unas jícaras con pinturas, arrodillándose, y sentándose sobre los pies, que calzan unas perfiladas alpargatas de esparto, decoran vasijas—jarras, jarricos—. Pero las más, destocándose y arremangándose los brazos, como nardos carnosos, cobran apariencias de maga ante una borbolleante caldereta de cobre que huele á azúcar y á limón. En su cámara en penumbra, la guapa y grave ababesa del desgranado convento, aguzando la boca en un obstinado hociquillo y dilatando las pupilas, fija una inspiración en el papel, con una pluma de gallo. De cuando en cuando se interrumpe y suspira, vuelve á escribir, suspira, vuelve á escribir. Al improviso se ha enderezado con furia en su poltrona, que derriba, se ha prosternado, se abofetea, se muerde, se despedaza, blasfema, ruge. Por remate es-

talla en lágrimas que queman, y besando y lamiendo la tierra con la sumisión de un perro, murmura:

— Señor, Jesús mío, esposo mío... ¡Si yo no amo á nadie más que á ti! ¡No me recuerdes el pasado! ¡Si rabio y deliro y me muero por pertenecerte! ¡Dulce bien mío! ¡Señor, Señor, compadéceme..! ¡Líbrame de la tentación!

SIESTA SÉPTIMA
Y UN ROMANCILLO DE DANZA

Preciosa flor, Felisa la adorada, Felisuca del corazón. ¿En qué has soñado esta noche que tan alegremente cantabas al salir el sol?

Al ver de nuevo barbada la arboleda te sonreías como yo. ¿Es que pensabas que no pasará la luna sin que temple para ti su guitarrico Miguelón?

Tu amiga, la boba esta de Ignacia, se reía con gozo por su pastor. ¿Sus ovejas no vislumbras en el camino que desaparece? ¡Ay, nena mía, qué contenta estoy!

Allá en las tierras bajas — no entiendas, Santa María, la maldad de mi ilusión — ya

los prados y las fuentes mustiará de adelantado agosto la calor.

Y tomando el cayado y el chotico aún húmedo sosteniendo en los hombros con amor, tu borreguero y el mío emprenderán la vuelta, luego que se encomienden al Señor San Dios.

Vámonos las mocitas serranas á las eras á danzar en el baile mayor, mas que las abuelas y las brujas maldigan de tu diversión.

Vayámonos, Felisa. El río se secó. No podrías lavar. Y deja también la artesa con la masa, que no habrá horno hoy.

Tu hermanillo dormido en la cuna quedó. Continúa vivo el rescoldo, confía á su desvelo el perol.

Pongas cuidado en componerte, pongas toda la atención. Que hechices al inseguro caballero. Que le queme tu ardor.

Iremos al olmo viejo, haremos una rueda alrededor y entonando las coplas que aprendimos de Marcelino, que en gloria esté, correremos como el agua unas de otras en pos.

Una esquila que tañen las monjas cortará nuestros brincos en lo mejor. La señal convenida: se acercan los rebaños. ¡Ay, que tiemblo! ¡Se me nublan los ojos y la voz!

Entrarán presumiendo el ruin de mi Pablo y el bellaco de tu Miguelón. Por burla fingiremos que no les recordamos de feos que regresan. Al fin gobernarán la fiesta los dos.

Las gaitas sacarán los rabadanes del zurrón; y el mayoral anciano que no tiene dientes en la boca, ni aire en el pecho, repicará el tambor...

Preciosa flor, Felisa la adorada, Felisuca del corazón. ¿En qué has soñado esta noche que tan alegremente cantabas al salir el sol?

LA OCTAVA SIESTA
Y UN ROMANCE DE DOLOR

A pesar del buen tiempo no venían los borregueros. Ignacia y Felisa comenzaban á desesperarse; sin embargo, no se escapa un día sin piruetas en torno al olmo, un olmo cuyas hojas susurraban la leyenda de que lo había plantado la madre Tradición: antiguo y noble sí que era: tenía el cuerpo como una torre y la copa grande como una montaña.

Pues ya llevaban las mozas algunas tardes de sacudirse la polilla á su alrededor; y los pastores, en las tierras bajas, en la mar, como quien dice.

Un domingo, cuando se moría la luz desangrándose en un crepúsculo encarnado, aparecieron en la aldea hasta seis caballeros.

Muy estirados en sus rocines peludos. Las testas, greñudas bajo unos chambergos de faldas tiesas, y casi todos con anteojos de redonda, negra y recia armadura. Atravesadas al cuello y á la grupa de los bridones, traían unas pequeñas arcas y unas descomunales alforjas.

Ignacia, Felisa y sus amigas suspendieron la zambra triste. Mas los intrusos, rodeando el sombrero con el brazo, descubriéronse ceremoniosos y pidieron que se siguiera bailando. Aunque un poco ruborosas, las doncellas reanudaron la especie de sardana.

Y se vió que les complacía á los forasteros, pues no cesaban de aplaudir. El, á la vista, más joven de los seis, sacó un cuaderno y trazó unos garabatos en una hoja: terminado el croquis lo pasó á sus compadres, y éstos lo examinaron echándose atrás, poniendo en su rostro la seriedad del mundo, cerrando un ojo y mirando, naturalmente, con el abierto, pero auxiliándose con el raro cañuto que hace una mano enrollada. Después pronunciaban unas palabras ininteligibles...

En el entretanto salieron la luna y las estrellas. Marcháronse en grupos las amigas, y una vez solos los viajeros, creeríase que luchaban por alabarlas.

Ignorantes de su abolengo, se extrañaron de encontrar tanta hermosura en aquel caserío, mientras que en los demás de por allí no se encontraba ninguna. El pintor se enardeció en el elogio de una cabellera. Y todavía continuara ensartando requiebros en sus hilos de oro si no le tapan la boca. He aquí que de repente protestaba un grave varón. Este, olvidando las muchachas, principió á lamentarse. Como si nadie lo supiese, manifestó su oficio de anticuario: recordó la causa de la ascensión á la serranía, un fuerte interés de adquirir cosas viejas: y remató con una elegía, porque la frescura y entereza de las viviendas esparcidas en el bosque no prometían, en verdad, los trastos del hogar de Mari-Castaña.

Produjo el discurso un silencio embarazoso que espantó al cabo el pintor lanzando una carcajada estruendosa. Siempre riéndose,

proponía que compraran la cabellera que él elogió. El corro discutió con algazara el proyecto. Unicamente callaba el varón grave, meditando, y no habló más que para premiar la ocurrencia. Los cofrades se asombraron, y él respondió jurando adueñarse de cuantos cabellos le ofreciesen, en la seguridad de que los vendía á las damas de la corte.

Con efecto, á la mañana se dedicó al negocio, ¡y qué estupor y qué cólera en las mozas!

En un momento que descansaron de injuriarle, sonó la campana de las ermitas. Llegaban los rebaños. Daba pena. Miguelón y Pablo sollozaban. Narraron las desgracias de un invierno abrumador, cruel. Les incendiaron los prados, les hurtaron la burra preñada, atacó á las corderas la enfermedad. ¡Maldición, maldición! gritaron las mujeres interumpiendo á los pastores, y se abrazaron en su dolor. El anticuario logró entonces la cabellera rubia, y como unos pobres ducados nada remediaban, al verano siguiente consiguió algunas más, y las que restaban al ter-

cer año, y al cuarto las que retoñaran. ¡Aún hoy se mantienen y alientan con tal afrentosa industria los nietos infelices del poderoso Conde don Falleba!

Sic transit gloria mundi.

EPÍLOGO

UN ROMANCE AMATORIO

También hoy es domingo y han venido á visitarme las madamiselas. Pero ya no volverán. Mi señora tía se opone á nuestra honesta y dulce diversión de contar cuentos: cree que así, ni yo estudio, ni mi prima, ni las demás muchachas lograrán nunca pasar de la segunda fuga de Bach...

¡Cuán tierna la despedida! Ayer interrumpía yo la narración sabiamente, en lo más sabroso, de manera que las adorables oidoras se impacientasen por el final. Cuando he llegado hoy á pronunciar el latinajo que se sabe, apenas me escuchaban, y este romancero ni siquiera ha tenido la humorada de acabar con una copla ó con una ruidosa alegría de la vihuela. Quemaba el sol y, sin embargo, deseábamos llorar como si alumbrase la luna...

Después se marcharon, y conforme se alejaban, una mano envidiosa é invisible iba borrando un lienzo de Rubens. Porque el corro nuestro parecía *El jardín de Amor,* del buen Pedro Pablo. La misma transparencia en el cielo, el mismo alcázar y los árboles del fondo, las mismas fuentes. Las amigas extendíanse en la hierba, cabe el boquete de juncos y cañas de las Indias. Llevaban unos vestidos risueños, y como estamos en Agosto, descubrían sus brazos. Escapábanseles de las faldas los pies con sus medias de seda y con sus estivales zapatos blancos de tacón alto y de punta aguda, y antes de que reanudara yo la fábula, se clavaban al pecho una flor, recogían el vuelo de las ropas, componían su tocado con los dedos. Atendían con fervorosidad al relato mío. No obstante, en ocasiones me interrumpían para glosarme y comentarme, mas en seguida cerraba el paréntesis la prima Inés.

¡La prima Inés! Me enamora la prima Inés.

Ella seguía el pintoresco discurso, entornando los ojos y echando la cabellera por detrás de sus orejas de niño...

Despojaba de vidrios y de gasas su cuello, que mete afán de mordisquearlo, que incita á ramonear en su carne tibia y tersa y clara...

Una tarde se entretenía Inés cosiéndole unos trapos á una muñeca: se la arrebaté, y me complacía tumbándola y levantándola, con el propósito de que corriese la cortinilla de sus párpados: le descubrí en esto dos hilos, tiré de los dos y la porcelana comenzó á gimotear su «papá» y su «mamá». Exclamé entusiasmado:

—¡Mira: dice papá y mamá!

—Y tete, dice tete—añadió mi prima, y se ruborizó.

Otra tarde me siente canturrear y me pregunta:

—¿Qué cantas? Me gusta mucho eso que cantas...

Se trataba de un aire de Haydin.

Pues otra tarde me empeñé en hacerla comprender que las mujeres eran «más malas» que los diablos, y que nosotros, los hombres, aventajábamos en sencillez á los pro-

pios ángeles. Terció en la charla una rapazuela, que observó con malicia:

—¿Y hay ángeles con bigote?

Mi prima replicó al punto, fijándose en la pincelada de mi bozo:

—No, pero hay bigotes con ángel...

En fin, se unen discreción y hermosura en la prima Inés.

YERMO

(NARRACIÓN PICARESCO-SENTIMENTAL)

Ofrenda de amistad al querido maestro Juan Maragall.

PINTURA DE UNA CALLE ANTIGUA

...A la sazón—mediados del siglo xix—en esa capital de Levante que digo, viniendo del mercado se hallaba la calle de la Albardería, y en la Albardería, á la derecha, primeramente, un «Almacén de frutos coloniales». Imaginaos una casa esquinada y con escalones en el umbral, porque estaba hundida como un sótano. Ocupábanla, la llenaban casi, unos olorosos armarios con cajas de una pátina obscura, y un banco con una balanza dorada, con unos frascos de azúcar y con un plumero; abría una reja en la acera, y á su escasa luz y á la que descendía de un piso alto, con vidrieras á la tienda y siempre iluminado artificialmente, un señor flaco, de estatura, caídos los bigotes, los pies juanetudos que levantaban bambolla en el calzado,

las manos huesosas, en una un anillo liso...; Don Diego Pelegrín, el amo, en resumen, parapetándose en un biombo y con un gorro tocada la cabeza, vigilaba á sus dependientes —noblotes mancebos con el pelo cortado á punta de tijera, vestidos de blusa ancha y con zapatillas, colorados mancebos del país de los borregos churros—, y escribía, empuñando la regla, en unos inmensos libros de contabilidad.

Al almacén seguía un patizuelo: larga y estrecha la puerta, embadurnada de almagre, con un badajo de esquila por aldabón. Tenía encima un ventano, al que se asomaban, ya una mujer joven, que llevaba al cuello unas hebras de hilo y el dedal en los dedos, y que desaparecía en seguida; ya un rapaz, que llamaba á sus compadres, según la moda de entonces en los chicuelos, gorjeando este enigma: «Pipipiooohi...»; ya una abuela, que tendía unas medias ó sacaba al sol, á engañarlos, unos caracoles, y aprovechando la oportunidad, permanecía un siglo de bruces en el alféizar, escudriñando.

Y ahora la calle se torcía y utilizaba la combadura un cordelero, Salvador, el cual colgaba en el muro franco trallas, redes de pelotas, cayados y, por lo vistoso, nunca se descuidaba de poner un zócalo de garbas de alfalfa. Con tanto, al lado, también cordeleros, se morían de envidia, y cada mañana, al arribar la carreta de la hierba, Juan, que no compraba ni una gavilla, se enredaba de palabras con Salvador por si la carreta, deteniéndose, ocultaba los comercios. Salvador contestaba celebrando ventas insignificantes con alboroques de ruido y, entonado á poco con el anís, parodiaba las protestas de Juan. Pero á la tarde vencía Juan, pues mientras el hijo de Salvador trabajaba en los cordeles, el suyo, un zagalón pecoso, estudiante de cura, latineaba, y, gajes de la categoría, de los muchachos de por allí únicamente el seminarista sabía lo que es merendar: golosazo, partía una hogaza, la preñaba de confituras y la comía relamiéndose, yendo de vecino en vecino; y á ellos se les deshacía en agua la boca.

Inmediatamente de los cordeleros encontrábamos un albardero. Dos mesas seculares, espatarradas; cenefas de madroños en la pared sobre una esterilla de junco; revueltos amplios estribos campesinos, frenos, albardas, ataharres, cinchas; y desplegadas, las mantillas flecosas, guarnecidas de oropel y bordadas al realce con sedas.

Entre las dos mesas, unas doncellicas y unas doncellonas rodaban unas runruneantes devanaderas, entonaban á coro tonadas antiguas de melancólicos estribillos, maliciaban y mofábanse con candidez de quien pasaba.

Pasaba un labriego pregonando arena de fregar; el lañador de lebrillos; un buhonero que cambiaba pájaros y campanas de barro por zapatos rotos; el escobero; una mujer que arrastraba un carrito y vendía sal; mayorales de diligeneia siempre restallando el látigo y jurando matar á la chiquillería que se apoderaba de las galeras y se columpiaba suspendiéndose de la lanza; un currutaco sin carnes, y con amores en el barrio, y al que al mo-

mento bautizaban con un «Don Canuto»; las inevitables dama misteriosa y la estrafalaria; un caballero obeso apoyándose en un bastoncico; lugareños que regresaban del médico, tristes, con los ojos vendados ó mustios en una cara amarilla; los que regresaban de mercar, repletas las alforjas, y aguardaban la marcha de las diligencias sentados en tierra, devorando á bocados redondos sus viáticos; gitanos y su tropel de potros; arrieros con una vara de fresno atravesada al ceñidor, montados en el postrer burro de la recua; la pescadera; el panadero de pueblo repartiendo el maduro y prieto pan de pueblo en un carro cerrado; el basurero en su haca y á lo árabe arriba del serón; soldados, capellanes, y, de cuando en cuando, uno de esos viejos mendigos de capa parda y zurrón de mendrugos, ciegos, con un lazarillo conocido por Lázaro, con una guitarra de cuerdas metálicas y varias coplas así:

En el cáliz está Dios
y en la hostia consagrada,
y en el firmamento el sol,

y en medio la luna clara
y al lado Nuestro Señor...

Tornando al caserío, pasemos nosotros el horno de pan que fundara un molinero, el ricacho Miguel, muy orondo á toda hora en el sillón de madera blanca, rodeado de sacos de harina, con un pañuelo de pita ceñido á la calva y el moquero en el rostro, para las moscas; pasemos un segundo albardero, el tío Conejo, célebre en rancias y toscas picardías; pasemos una fábrica de chocolate, salida de línea, con unos hombres desnudos de brazos y de pecho, que, arrodillados como lavanderas, molían y molían la pasta de canela y cacao...; y de nuevo se torcía la calle, y en una á modo de plaza se ofrecía un hostal grandote, holgado, de cuatro galerías, reloj de luenga caja en una, patio con soportales, huésped gordo, mas decidido, posadera guapa, el mozo de mulas jorobado, dos criadas serranas, Mariquica é Isabelica, y alabanzas de Isabelica y de Mariquica en los caminos y en las aldeas de Aragón, lo cual quiere decir mucha concurrencia en la posa-

da, mucho gasto de mosto y continuo crepitar los corazones en jotas ó copleando por divertirse, ó bailando...

A continuación del hostal se hallaban unos correeros — gente pringosa — y un figón, famoso por su bacalao, sus pulpos y sus guindas, pintado al temple con la finura del mundo. Después se alzaba el palacio de unos señorones de título que formaba la esquina. El palacio, aunque sólo daba á la Albardería balcones muy puestos de persianas, de esteras persianas, y los ovalados respiraderos del desván, ennoblecíala en aquel trozo por sus ya desvaídos frescos, por el herraje de los balcones y porque con frecuencia se subían las persianas y resonaba una elegante música de violines y piano, y con fondo de anteayer, fondo de tapices y cornucopias, se veía danzar á las madamiselas de ayer—marfil, terciopelo, cera—, que antes habían cruzado la calle, recatadas y minúsculas en su espacioso coche familiar... Barrio de menestrales, de gremios, la Albardería... barrio burdo: como una roñosa costra de la ciudad.

Pues en esa costra el palacio prendía el airón de plumas de un yelmo de prosapia...

A la izquierda abundaban las colmenas de vecindad, y, en consecuencia, tiestos de flores — claveles, plumas de Santa Teresa—, teléfonos de bramante, los ramos de la pascua de Abril, un cestillo con hilos trasladado de vivienda á vivienda, los cristales rajados y sostenidos con estrellas de papel, las jaulas de jilgueros y las de canarios que tal inquilino, todavía con el babador con que se afeitara, sacaba al aire...

Por supuesto, que no faltaban tampoco aquí una apestosa gavia de gallinas, y allá unas calabazas ó un congreso de gatos admirando la gata de tres colores más excepcional...

Los menestrales principiaban con albarderos, el *tío Pinazo*, el señor Pedro Peris — patriarca de la Albardería—y Andrés: les sucedían los odreros, escondidos en cuevas sucias, sombrosas: en medio de pellejos de macho de cabrío que esquilaba é inflaba un gañán, unas celosías improvisaban el comedor; las losas, goteadas de untos imborra-

bles, manchadas de vino, y constantemente por la escalera voces al secadero del tejado — en las nubes — y chirriar de la polea con odres y racimos de botas.

Como un guión el plácido hogar de doña Francisca unía los boteros y unos alpargateros. Doña Francisca, en su juventud soguera, se retirara enriquecida á los cuarenta años, y no pudiendo renunciar al piso bajo, en fuerza de la costumbre, donde las adquiriera gozaba sus rentas, pingües. Mandaba en dos sirvientes; platicaba con un loro, y tertuliaba con un maestro de las Escuelas Pías, el Padre Gerardo. Recibía á corredoras de las Cajas de Préstamos, de quienes, por vicio, se proveía de cobertores y más cobertores, zarcillos, ajorcas; finalmente, por ser el pozo suyo el de más loada frescura, jamás se desligaba alrededor del brocal y su cubo de cobre el comadreo de las fregonas que acudían con cacharros y con aquellos botijos de corcho y los aros y picos de latón.

Los alpargateros, cinco: en la percha ristras de calcetines y una alpargata enorme

como muestra, y á la redonda alacenas con alpargatas tiesas y de la gravedad de los doctores, que es la de las lechuzas...; los alpargateros ganaban la esquina del mercado; de ellos, el quinto, ostentaba el tejuelo «calle de la Albardería», y sobre la tejuela un farol de aceite, que lo encendían las noches sin luna, y que alumbrando se moría de pobreza de espíritu.

EL PATRIARCA DE LA ALBARDERÍA

Intencionadamente, al paso que me entretuve y hasta que me enredé en prolijidades fisgoneando la Albardería, apenas he nombrado al señor Pedro Peris, el jalmero mayor. Y fué que temí vendimiar en Julio. No me arrojara á señalarle siquiera, por si me iba detrás de él y dejaba en suspenso lo demás; porque, persona de suposición en la historia que llevo comenzada, el señor Pedro exige unas parrafadas aparte.

Algunas echara él en su vida, Dios inmortal, que parlador lo era; mas no así como así; no le juzguéis un despreciable churrullero. Señor Pedro nunca se atolondraba, y hablaba siempre para aconsejar. Dos puertas tenía su casa y de par en par las dos: colá-

base por la una la desdicha en hábito de mujer llorosa, de hijo irritado contra su madrastra, de padre, y todos salían ufanísimos por la otra... La noria difícilmente paraba, y el consejero, si pláticas querían, regalábalas, y si dinero, de poder, lo mismo; si no lo había pedíalo en el barrio. «Eh, vecinos — clamaba á lo mejor—: una caridad para Fulano, que está enfermo, ó para Zutano, que no encuentra trabajo.»

La vecindad respondía y el señor Pedro, con la respuesta, visitaba á los necesitados. Holgábase y alabábase si convencía á un calenturiento de que debía meter los brazos en la manta; si curaba á un beodo; si á los desocupados ocupaba... Pero hacía el bien á gritos, pregonándolo; y no por jactancia: seguramente por llenarse él mismo de la idea de favorecer en absoluto, su idea capital. Amaba cuanto se ha creado. Era como San Francisco, el de los *Hermanos menores*, aunque sin su clarividencia, sin su poesía y sin su recogimiento. El señor Pedro no oía ninguna música callada, y gustaba mucho de las mú-

sicas; quiero decir que no comprendía la virtud más que bajo palio y á satisfacción incensada... ¡Oh, en los remotos días del patriarcalismo bíblico, él, pareciera un espejo de patriarcas!.. Poseería entonces incontables riquezas en plata y en oro, tierras fértiles y muchas ovejas y vacas y asnos y criados y siervas y asnas y camellos; las barbas creceríanle en alargados vellones; y bien hallado en esa opulenta tramoya, desempeñaría magistralmente su personaje. Acogía al extranjero con esplendidez, le ofrecía la sombra del árbol, el pan de flor de harina, leche, manteca, degollaba un becerro; sacrificaría con abundancia, y repantigándose á la entrada de la tienda, con fastuosas parábolas movería á un vivir justo á su cuarta ó quinta generación. Y serían sus palabras alabadas de sabias y con reposo oídas.

Empero no animando al señor Pedro Peris la inspiración del dulce hermano Francisco, y tan lejano de los patriarcas que no conservaba de ellos ni aun la barba — señor Pedro se afeitaba como los curas —, quedó en un

pajuelas de azufre una capuchina, despertaba á su Juana, le entregaba una de las copas, y mientras ella se desayunase ó se aliñaba sobre la cama de tablas y de banquillos, paseando él, rezaba sus oraciones matutinas.

Luego colgaba la jalmería con alforjas, enjalmas, mantillas, colleras... Ya los odreros, los correeros y los alpargateros barrían, sacudían y aderezaban sus respectivos tendejones. Cantaban Isabelica y Mariquica. Por el mercado—que sonaba—se iluminaba el cielo; en una iglesiuca próxima tañían un esquilón... Súbito se abría la tahona, y de su interior, lóbrego é inflamado, fluía un olor aromado y sabroso; lanzaba decidida una codorniz sus clásicos golpes; muy discretamente se apagaba la luz en la habitación, eternamente alumbrada, de Antonio, el enfermo crónico, un correjero cardíaco...

Y á poco avanzaba la primera diligencia de los poblados inmediatos — una tartana con futuros abogados de secano y con seminaristas —, después carros con frutos, tintineando

el collar de campanillas una burra lechera, y obreros, un capellán, beatas... Al segundo toque del esquilón de la iglesia había salido el sol. En la taberna humeaban los hornillos, principiaba el barullo... Como no principiara antes, que en ocasiones, aún las estrellas fuera, se improvisaban unas zambras que ni de diablos; por ejemplo: cuando al hurgar con la escoba en un rincón saltaba una rata, allí peste, y en masa los menestrales — los menestrales que añoraban emplumamientos — se empeñaban en cazarla y la cazaban entre gritos y risas reveladores de una extraordinaria diversión.

Incluso el señor Pedro se mezclaba en el alboroto, no obstante que en realidad le fastidiaba. El prefería los placeres sosegados, quietos... Sus placeres del domingo... Sentarse — después de la misa y la escapada al Hospital á repartir cigarrillos — en el arroyo, con los jalmeros, con Salvador é Ibáñez el botero y con don Diego, en círculo los pulidos sillones de morera, y de media mañana á mediodía platicar con autoridad sobre ne-

gocios de la barriada... Ataviarse con su traje negro ribeteado de seda, y de sombrero de copalta — en la época, el sombrero de uso más extendido —, el bastón de puño de marfil y con cadena de oro sostenido el reloj, concurrir por la tarde al jardín público que llaman de los álamos; contemplar los coches, y los caballeros que pasaban acariciando con las manos, calzadas de ante, la lustrosa cerviz de los brutos; regañar á los «muchachos de la candela», unos pilletes que con una mecha de esparto suministraban fuego á los fumadores; detenerse en la fuente de las «Estaciones del año», y en la balsa de los peces bermejos, saludar á curas, á militares, á horteras relamidos, y en cuanto iniciaran su croar las ranas del río, cercano, y se asomara una estrella, reverenciar definitivamente á los horteras, á los clérigos y á los militares, con un pañuelo de hierbas sacudirse el polvo de las botas y tornar á la Albardería en la embriaguez de un cansancio voluptuoso...

Y en la vivienda suya le esperaba el goce predilecto: la cena, que como nada le satisfa-

cía, y no es que el señor Pedro pecase de glotón: contentábale la cazuela de almóndigas ó el potaje, porque huele á familia, á venturosa simplicidad... Bendecía la mesa; los platos, como bacías hondos y redondos, distribuíalos él y él cortaba el pan y rociaba de vinagre y untaba de aceite la ensalada... Bromeaba al beber vino: el mantel, de rígidos pliegues, motivaba alabanzas; una sopera que simulaba una gallina, entusiasmos, y alabanzas y entusiasmos apoteósicos lo que antaño constituía un lujo, «el cobre»; pendiente de una espetera y cruzado por ramas de laurel de cocina, constaba el del señor Pedro, digo, el de la señora Juana, de un velón, de chocolateras, de la chofeta, de candeleros, del brasero, y del caldero de confitar, bruñido caldero que el patriarca, tras prolongado arrastrar por el mantel una vela, buscando ciertos reflejos, comparaba á la monda calavera de Miguel el del horno.

Por acabar: la existencia del señor Pedro discurría plácidamente. Envejecía y hallaba cómicos sus alifafes — hoy ya le enhebraban

las agujas, se le plateaba el pelo, en un descuido picaba el reúma...—De repente una mueca trágica desgarró su habitual suave sonrisa: que enviudó...

BERNARDO

El hijo del señor Pedro se llamaba Bernardo y tenía diez y nueve años al quedar huérfano de madre. Era membrudo, la piel gorda, el cabello crinoso y rapado siempre, cuadrada la frente, la nariz salida y redondeada, sensual; estrechos los labios descoloridos — contrastando con la nariz —, las pupilas claras y arrebozadas en unos pastosos párpados. Le nimbaba el rostro blanquecina pelusa que comenzaba á negrear. Sus manos, llenas, de mucha molla, y mucho hueso, y peludas, recogidas en puño sirvieran de macho de yunque, y distinguíale su pecho, ancho y avanzando en talud, con apariencias de ser un pecho liberal. Sin embargo, ¡cuán ruin! Bernardo, con su aspecto de bruto no-

ble — de caballo de labrador, pongo por caso — era un miserable.

Nació con ideas de rectitud, justiciero; con amor á los versos de escenario y á la música; en compensación, á no dudar, resultó muy aficionado á los regalos de la cocina; nada decidido, casi un cobardón, y precozmente codicioso, avariento.

Durante largo tiempo batallaron á muerte, juntas las virtudes y aun algunos vicios, con especialidad el de la gula, para matar la tacañería. Mas triunfó ella por su perseverancia, por su no inmutarse á los ataques bruscos, por una sutilísima diplomacia y por su estrategia de reptil.

Al fin se redujeron en Bernardo las ideas de rectitud á no pecar contra el Código. Cerró con tranca la puerta á los placeres del asador, mientras costasen al bolsillo. Y no hablemos de las coplas y de la música...

Todo el dinero que ganaba en su oficio, también de albardero, lo escondía en una hucha; á los diez y seis abriles poseía unos apreciables ahorrillos, y, recatándose, los

prestaba á un interés bien usurario. El día que se enteró el señor Pedro de tales préstamos, juraba que iba á ahorcar á su hijo, lo abofeteó, lo pateó, lo maldijo «en nombre de Dios...» Bernardo sufría la cólera del padre, resignado, con la vista en el suelo... En esto al patriarca se le ocurre pedir el dinero, con deseos de arrojarlo á la calle; Bernardo lo niega; se precipita el señor Pedro al dormitorio del mancebo, éste le sigue, aquél descubre la hucha, ¡la va á romper...! El avariento, no pudiendo ya contenerse, se echa encima de su padre, y el padre—educado en el tradicional precepto de sumisión absoluta al jefe de la familia —, saltándosele los ojos por el supremo asombro que le despierta la rebelión, y encanado, estrella la alcancía en la cabeza del mozo... Sangre, lloros de la madre y terribles lamentos del padre, que, arrepentido, pide perdón y llama á «Bernardico» con los más dulces nombres... Una escena conmovedora, pero que no conmueve á Bernardo, duro y cruel, ansioso de venganza.

Restablecida la paz, el señor Pedro, buscando sanar de sus lacerias al hijo, y no lográndolo á las malas, se ensayó á entrarle por la buena: trocó su terapéutica de latigazos en una de mimosidades. El zagalón, desde luego se percató de la insólita blandura, y, como un zorro, la explotaba. Ocurría hoy ó mañana que, de pronto, aparentaba el patriarca percibir lustre en el vestido de Bernardo, y entonces le obsequiaba con uno nuevo. «Eh, señora mujer — decía á su esposa con humorística gravedad —, comprará usted paño y que le cosan un traje á Bernardico: que se componga, si no las chicas no le quieren...» El muchacho excusaba la necesidad del traje, y aprovechándose de la paternal complacencia, sacaba para él las monedas que se propusieran gastar. Doblegándose el señor Pedro más todavía, le aduló hasta su vicio de la gula. Cargó la mesa de viandas, y aquello iba como por carriles; mas ya se rumió el avariento que á la postre las golosinas venía á pagarlas él, «las quitan á mi herencia», pensó, y cada comida, al levantar man-

teles, protestaba del despilfarro. «¡Eh, pues tú no te descuidas... Tragas más que un puerco!», replicaba el padre; y Bernardo: «Porque hay con qué... Pero en las casas de orden, basta y sobra con una tinaja de aceite y un saco de arroz...»

Desesperado, reventando del despecho, el patriarca de la Albardería desahució á su hijo. Tornó la usura y el sofocar los placeres. Ese mancebo nunca consintió en fumar ni un cigarro de papel, miedoso de tomarle gusto al tabaco. A la vuelta de unas semanas se divertía á lo degenerado, muy especialmente; devoraba, los domingos, de una sentada la olla y la cena, se desnudaba, se acostaba, dormía sin interrupción por la tarde y por la noche, y entretanto bajaba el sueño, su solaz estaba en rascarse las piernas, ensangrentárselas, cubrírselas de malicos y arrancarse las cortezuelas. Bernardo diputaba su solaz de un agridulce muy voluptuoso.

Al cumplir los diez y nueve era un corpachón. El continuado dormir le embotara la inteligencia, y por su disparatada codicia

respiraba afanoso, no obstante el pecho en talud. Movía á rabia y á lástima «Bernardico». Os entristeciera. Con una naturaleza poderosa, dispuesta á un vivir rubensniano, un vivir de besos, de bravatas y de libaciones, se mustiaba en su apartamiento. Acaso él fuera el único muchacho que no ha galleado de actor en los tablados de desván; que no ha *conspirado;* que no ha rasgueado una carta inflamada del ardoroso amor adolescente; que no ha escrito versos; que no ha dudado *pintorescamente* si enclaustrarse, si suicidarse; que no ha añorado las centurias caballerescas y un desafío, al fulgor de un retablo, y una serenata de laúd, en la desmayada claror de la luna...; que no ha sentido impaciencias por la pachorra del bozo en licenciarse de bigote; que no ha jugado á «prendas» ni á la «aduana»; que jamás ha bailado; que no ha llevado ramos de claveles á las modistillas...

PUES, SEÑOR...

Pues, señor... al borde de la fosa de Juana Gómez, estos dos hombres, Pedro y Bernardo, se miraron cara á cara; y el padre, que ansiaba vivir en paz, abrió los brazos á su hijo, mas los cerró con angustia al verle inexpresivo, ¡tan frío!.. Por su parte Bernardo, ya de su natural reservado, hermético, todavía se acurrucó más en su cubil y tapió al cubil su ventanuco, cuando, en los llorosos ojos y en el temblante acento del patriarca, vislumbró la necesidad que éste sentía de unas orejas blandas oidoras en las que vaciar su ánima, rebosante de sentimentalismo y ternura. Y no es que á Bernardico no le doliese perder su madre; pero es que no le conmovía que á su padre también le doliese...

Se olvidó entre ellos la costumbre de conversar y la «dulce risa». Sospéchase que el corazón de Pedro profesó de fraile de la Trapa. No hacía el viudo cosa, fuera de rezar por la noche, y de trabajar de sol á sol sin levantar cabeza; allá estaba con su vástago, ambos sosteniendo la aguja ó la cuchilla, puestos unos guantes de hierro y correal, y siempre encorvados sobre sus caballetes, como los siervos se encorvaban sobre el remo en las naos sus cárceles.

Terminaron los ruidos de fiesta, los alborozos; dejó el patriarca de presidir el Areópago de la Albardería, y no concurrió más al paseo de los álamos. En los ratos de ociar se acomodaba en una poltrona, y fija la mirada en un punto del techo, persistía inmóvil varias horas, en una inmovilidad segura, con raíces..., cristalizada.

[illegible]gos, y sobre todos Teresa, ensa-[illegible]eras y nuevas maneras de resu-[illegible]eresa era una criada joven, muy [illegible], emigrada de una aldea montesina. [illegible] su enfermedad á la difunta Juana

Gómez, y no hay monja más amable; después, el jalmero la retuvo á su lado por agradecimiento...

Y pasaron un otoño, un invierno, la primavera, medio verano. Y sanó el viudo de su melancolía y flojedad. Si continuó, como el gusano, en el capullo, no fué tanto por el recuerdo de Juana como por charlar con Teresa. Vehemente el patriarca é imaginativo, y por consecuencia, mudable, principiaba á reparar—muy á la callada—en que la serrana tenía los cabellos negros, la frente blanca, la nariz aguileña, los labios como si llevase en los dientes un clavel rojo...

El último domingo de Julio subiera el señor Pedro á su habitación á sestear. Momentos antes se acostara Bernardo, hinchado con su yantar doble. La guapa montañesa plegó el mantel, y en seguida, desde la cama, escuchóla Pedro fregar canturreando á la boca del pozo. La soledad, el calor de Julio, el del vino bebido recientemente, y aquel señuelo de la canturia, evocadora del cuello fino, surcado de tres pliegues y al cabo del uno una

peca, y de los rojos labios de Teresilla, enardecieron al patriarca que, á pesar de sus cincuenta años, se revolvía como un garzón, seca la garganta, y las sienes martilleadas con unos tenaces é invisibles martillitos. Ardoroso el cincuentón, ahora decidía atrapar á la muchacha y comérsela á besos—y echaba los pies á tierra—, ahora se avergonzaba de su proyecto, y tornaban los pies á las sábanas...

Mas he aquí que luego de un regular silencio sonaban abajo las pisadas de la moza, y á continuación de un segundo silencio, en la escalera de la sala y los dormitorios. El señor Pedro, acodado en las almohadas, se incorporó. Aproximábanse las pisadas, y él se arrojó á las losetas, permaneciendo rígido y sin respirar, oculto en la cortina; la sangre le corría por las venas como si la persiguiesen.

Apareció Teresa despechugada, la falda recogida marcándole los muslos, las manos encendidas del estropajo. No llevaba corsé, y le temblaban los pechos. Se encaminó al

arcaz de la ropa de la casa, quitóle de encima, donde lucían, una devanadera, un fanal con el Niño del Buen Sueño, y un vaso con flores, alzó la tapa, y uno á uno sacó pañuelos, toallas, camisas, lienzos de cocina, un membrillo oloroso, otro y otro membrillo, gruesos ovillos — verdes, dorados, morados, rubí — de sedas para esmaltar las mantillas y los pretales de festividad, sacó repetidamente lienzos de cocina, escogió el mejor. Un gato que allí junto runruneaba se desperezó, se estiró, y el lomo erizado y el rabo tieso, llegóse á la doncella, que se puso á acariciarlo. Súbitamente la muchacha dió un grito..., ¡en la alcoba, por el remate inferior de la cortina, asomaban unas piernas velludas...!

El sileno, tímido y afrentado al notar que le observaba la ninfa, lleno de rubor, intentó escaparse, y reculó, y andando á ciegas, volcó una silla, con lo que renunció á disimular su derrota y en dos zancadas se plantó en la cama. Teresa, reconociendo entonces al espía en pernetas, y aunque no explicándose la

aventura, recobrando la tranquilidad, restituyóse á su arcaz y á su selección de los lienzos de cocina. Lo demás de la tarde lo empleara en zurcirse un corpiño. Y en eso terminó aparentemente el «caso».

Digo aparentemente: que Pedro, así que se serenara y se hartara de comentar su ridículez, discurrió, maduró y resolvió casarse con Teresa.— ¡Pesaban tanto la memoria de su discreción y de su laboriosidad, y las esperanzas que infundía...!

En efecto, la requirió de amores, y una vez vencida la resistencia de la desconfiada novia, llamó á capítulo á Bernardo y le comunicó la novedad de la boda. Bernardo se sorprendió, se oponía, chillaba, amenazaba... Precisó sobornarlo: sólo á trueque de redimirle del servicio militar sin que se menoscabasen sus ahorros, prometió acatar á la madrastra. No obstante, á cada minuto la ofendió, y no por fidelidad á su madre; porque al crecer Teresa de fregatriz á ama, causaba mayor gasto y le reducía la herencia. Gracias á la sufrida condición de la aldea-

na, y á que el señor Pedro—que había reconquistado su espléndido genial — evitaba las rozaduras, no se convirtió la Albardería en un continuo campo de Agramante.

Y arribó la preñez de Teresa; en medio de las miseriucas de Bernardo y los gestos pacificadores del patriarca, se ensanchó, se redondeó y á los nueve meses, en el de Mayo florido, con el sol... nacieron ¡dos niñas! La sorpresa de Pedro, el cual esperaba *uno*, no cabe medirla más que por el contento que le asaltó apenas las gemelas gimotearon, aullaron en competencia. Las cogió y se marchó á la calle, arrastrando á la comadrona, que explicaba el parto glorioso á los vecinos despiertos ya. Y la posadera, glosando el relato, exclamaba: «¡Santo Dios, ni una queja y esta bendita abundancia!» Y la gran madrugadora doña Francisca abandonó sendas cruces de plata en el seno de las niñitas, y aquel tío Conejo, famoso en picardías toscas, que como una de sus burlas perennemente llevaba á la cintura una corneta, vestigio del cuartel, y que tocaba al visitar la necesaria,

empuñó la corneta, limpióla — según lo demandaba el diverso uso — bufó hasta congestionarse, lanzó á las alturas unos gentiles, nobles, excepcionales berridos...

EL EXODO

Por tanto y mucho más que ocurrió de bueno al despabilar completamente al vecindario las clarinadas, el señor Pedro regresó á su hogar borracho de alegría. Entró cantando, y agitando, blandiendo, zarandeando á las recién nacidas, como de allí á poco zarandearían los sonajeros ellas. En la sala brillaban unas luces: siempre triunfador, á la sala se encaminó el padre, y al remolque la comadrona. Pero en la escalera se detuvieron, que descendía Bernardo, con un envoltorio á la espalda; presentóle en las mismas narices las niñitas, Pedro, y le dijo:

—¡Eh, Bernardo, míralas, míralas! ¡Dos fresas, dos rosas!.. Y á propósito, ¿quieres ser padrino..?

Atajándole Bernardo, con un acento aristoso, duro, contestó:

—Déjenme en paz; no quiero nada.

Hablara sin levantar la vista, el envoltorio se fundía á su corpachón en la sombra, y al escucharle, y contemplar su silueta, que se destacaba de la luz, parecía un monstruo muy repulsivo, de podrida sangre, de cabeza pequeña y enormemente jorobado. Le interrogó con inquietud el señor Pedro:

—¿Qué tienes? ¿Estás malo, Bernardico?

Bernardico no respondía; avanzó un peldaño, y como al pasar rozara con el fardo al patriarca, exclamó éste:

—¿Qué llevas ahí?

El mancebo continuaba avanzando y en su mudez; nervioso el patriarca, lo paró, repitiéndole:

—¿Qué llevas ahí?

El mozo se indignó:

—¡Cristo! ¡Suelte!.. ¿No lo ve? Mi ropa llevo...

Sí, su ropa llevaba y se la llevaba también. Ya se había cansado de sufrir en balde. Largo tiempo que venía proyectando apartarse de los suyos. Rabiaba demasiado. Además de

las molestias por causa de Teresa, los abusos del viejo, que le reservaba los trabajos de fuerza y de dificultad. En su opinión, «lo secaban...» Y él era joven, y era él el primer oficial de la albardería y casi rico, y no se consideraba, por consiguiente, en la necesidad de soportar á nadie. A cada disgusto señalaba la marcha para el próximo... Así rodó la bola hasta la noche del parto.

En la memorable noche lo desvelaron, y en cuanto se le apoderó el insomnio, que le desesperaba, en su despecho se dió á recordar antiguas desazones; gota á gota, cosiendo un rancio rencor á otro rancio rencor, se encolerizó con su cólera, de ninguna exterioridad, que, á lo más, le hocicaba la boca. Al último, cuando á pesar del coraje y de los ruidos descabezaba ese irresistible y reparador sueño de la madrugada—y durmiendo, de seguro se remediaba de la ira —, presentóse el alumbramiento; ¡mayor inoportunidad!

Luego, ¡dos criaturas!

Bernardo bramó. ¡Ah, que se le *burlaban!* ¡La pagarían..! Por de pronto no aplazaba el

marcharse para la zambra «próxima». Y dicho y hecho: alcanzó sus trebejos, su ropa, lo arregló todo en un lío, se cargó el lío á la espalda, salió á la sala, á la escalera, en la escalera tropezóse y riñó con el señor Pedro; lloraban las niñitas, lloró la parturienta, se escandalizó la partera... Bernardo, inconmovible, como un carámbano que se desliza entre apasionadas corrientes, se fué á la calle, y por la calle arriba al Mercado.

Allí vagabundeó cosa de unos minutos, indeciso. ¿Adónde se dirigiría? Desde el primer pensamiento que le tentara á huir del señor Pedro y de Teresa, traía el mozo solucionada cuestión tan principal.

Vivía fuera de la ciudad, en los arrabales, un albardero anciano, que á menudo entraba en el barrio de los demás albarderos, y que siempre se entusiasmaba ante el caballete de Bernardico. Veía en su obra sobriedad y firmeza; en las colleras, especialmente, por más que buscaba, no le hallaba un rival. Aquellos entusiasmos de ordinario terminaban en que, medio chanceándose, el jalmero de extramu-

ros proponía al patriarca un trueque de oficiales. Incluso se resbaló, un día que se topara con unos parroquianos suyos en la tienda de Pedro — ¡las colleras, las colleras! —, se resbaló á brindarle al zagal una parte del negocio... Por sabido, que continuaba la media chanza. Nada en serio. Y no por timidez ó por abandonar el anciano sus planes en resolviendo el compromiso que se los inspiró, sino porque... El por qué se lo presumía Bernardo—de ahí su ambulear—, y no se equivocaba.

Llamaban al jalmero del arrabalde Gregorio. Bien; pues Gregorio, que encaratulado con una gafas se entretenía en el momento de saludarle el mozo, peinando un fleco con un escarpidor, conforme se enteraba de lo de la riña, gradualmente, se irguió, se quitó las gafas, abandonó la faena, y al fin, golpeándole con suavidad el hombro á Bernardo:

— No te acredites de tontito — le aconsejara — y vuelve á tu padre, y te arrodillas y le pides perdón...

Bernardo se resistió defendiéndose calorosamente, y Gregorio insistió con blandura; mas notando que no le servía, remató:

— Entonces, chico, no te puedo admitir. No hay pecado que yo no perdone, menos ese de la desobediencia... Una vez mi señor padre — del cielo goce —, todavía ignoro si con motivo, me pegó una bofetada; y yo, ¿qué hice?: cogí su mano y se la besé... Te lo cuento para que recapacites...

En esto, con brusquedad, barbotó:

— Aparte de que una ofensa á quien tú has ofendido es culpa mayor. ¡Faltar á un hombre como Pedro! ¡Vete, vete, corre!.. No te darán la razón en ningún lado. ¡Vete!

Bernardo, infeliz, sonrióse en su infelicidad. Sintió el contento del pesimista que acierta. El acertaba en sus presunciones: en las postreras palabras del anciano flotaba el temido y esperado *por qué* de sus medias chanzas referidas. ¡Qué obstáculo la noble nombradía del patriarca!

Dejó el mancebo á Gregorio, cayó en revueltas dudas, y de nuevo indeciso andaba,

andaba. Y andando se topó con Vicente *el Tuerto*, un tuerto su compañero de usuras. Se felicitaron del encuentro, Vicente ansiando publicar una inusitada alegría de que rebosaba, Bernardo por su tristeza. Sin discutir convinieron en reprobar la sumisión de Gregorio al señor Pedro Peris. En un latido de honradez insinuó Bernardico:

— Creo que en su juventud mi padre auxilió á Gregorio durante una terrible crisis... Así después Gregorio aguanta lo que venga, en justa correspondencia...

El Tuerto corrigió con un cinismo que le caracterizaba:

—Aplaudamos su agradecimiento, el agradecimiento, prenda inestimable y exclusiva de los pechos generosos... Empero, medita despacio, si tus colleras, arrebatándole compradores, no bastan á redimirle...

Asintió el mozo.

—*Ergo* el Gregorio es un bobalicón—concluyó Vicente, y Bernardo firmó y rubricó la sentencia, murmurando:

—Verdad, verdad.

A súplicas del Tuerto se tapó el asunto que los empleaba y se destapó uno divertido, origen de la ventura del usurero venturoso.

Se reducía su dicha á que antaño prestó unos doblones sobre una casa, con arreglo á la ganianciosa *carta de gracia*, y hogaño la casa ya le pertenecía.

—Precisamente hoy me posesiono de ella — refería el Tuerto—. Acompáñame; la tengo hacia tus albarderos de Dios...

Bernardo, en el camino, se derretía en lamentaciones. Envidiaba á Vicente — un pícaro de treinta y tres años, socarrón, ex estudiante de cura, que ahorcó los hábitos, y de que los ahorcó, el primer truhán, la misma trampa...—¡Cómo subía! ¡Cómo doblaba y triplicaba un capital...! Bernardo, en cambio, preso en su menor edad, no lograba salirse de apañuscos y de usurear al detalle. ¡Qué lástima, y más en su postura actual, con un horizonte sucio de nubes feas, roto el porvenir...! Asociando y enlazando ideas tocó en el problema del instante:

—Yo ¿qué hago?—consultó con Vicente, y Vicente se callaba, que llegaran á su propiedad, y bastante le ocupaba la toma de posesión. Halló una vivienda estrecha y sombría, húmeda, con rumor de una acequia subterránea en el zaguán, las vigas del techo descubiertas, de rosigado yeso el pavimento de las alcobas, en la cocinica un banco de dos hornillas y un como retablo de azulejos —que figuraba la cocinera y un criado negro con calzones y blusa blancos á viras rojas, persiguiendo un gato que se les comía una ristra de butifarras—; detrás de la cocina, un corral infestado de hierbas. Las vacías cámaras olían á meados de los felinos de tejado, y las voces de Bernardo y Vicente resonaban cual si platicasen dentro de una tinaja ó un tonel. Platicaban con ardor: he aquí que simultáneamente se les ocurrió que Bernardo fundase una jalmería en aquel calabozo. Les satisfacía el lugar, de idéntico tránsito que la Albardería; Vicente no apretaba en el alquiler, en compensación de la seguridad en la paga, y á Bernardo le seducía no partir ga-

nancias, cobrar más en laborando más, moverse libremente.

—No, y que triunfas; tus colleras...—observó el Tuerto. Añadió con su cinismo:

—Y que te ahorras la vuelta del hijo Pródigo...

Convencido Bernardo, aprobó la discreción de su compañero. Fallaba en su favor. Desató el fardo... De repente balbucea:

—¡Eh! Nos olvidábamos de que soy un menor aún...

Vicente lo tranquiliza:

—Confía en mí, y te *futrarás* en la ley...

A continuación una pausa que redondeara la frase, un gesto que redondeó la pausa, un vivo ademán para el gesto, y Bernardo estallaba de confianza con lo que cualquier persona regular desconfiara sobremanera.

YERMO

Afortunadamente no hubo que *futrarse* en la ley. El señor Pedro, con poco se creía siempre en culpa, y á las dos ó tres bromas del Areópago — que sacaba del nacimiento de las dos nenas á la vez los chistes más burdos — el patriarca, impulsado de su vehemencia, buscó á Bernardo y se entendieron. Vicente, con admirable maña, y cobrando su comisión — ¡pues no!, ¡entre bobos andaba el juego! — obligó á declarar al padre, como con espontaneidad: su ligereza en casarse, teniendo un hijo; que lo de las mellizas era *casi un insulto;* que por aquel genio tan fogoso ¡el maldito! acontecía cuanto acontecía y... En fin, no faltó más sino que

el buen hombre le entregara al Tuerto unas disciplinas, se desnudara las espaldas y encima que se amarrase al árbol.

Verdad que Bernardico fingió á la maravilla un dolor, una vergüenza y un arrepentimiento capaces de ablandar las peñas. En tal punto la reconciliación, se pusieron á discutir si Bernardo debía volver á la familia ó si no debía volver. El mozo luchaba empeñándose en volver, proponiendo para en adelante convertirse en un esclavo. Conmovido el patriarca, llorando, lo abrazó y le prometía enaltecerle sobre todas las cosas... ¡Ay, ay, qué al borde estuvo el señor Pedro de estropear el negocio! Se enternecía con exceso y muy bien podía suceder que nada negándoles, les cortase la retirada y entonces, ¡adiós alquiler seguro, libertad, tienda, reformas en los préstamos con interés..! Temeroso Bernardo, mientras abrazaba al padre, avisó con una seña á Vicente...

Vicente aguardó que se terminasen el gemir del viejo y el ronco suspirar del zagalón, y ya sosegados ambos, tiró del patriarca, lo

arrastró fuera del cuarto en que conversaban, lo llevó al corral y le dijo:

—Atienda usted, señor mío, cuatro palabras que me dictan la amistad y la prudencia... Canta un proverbio que «muerto el can muerta la rabia». Enhorabuena: pues, tomémoslo al revés, y nos resultará que de no morir el can tampoco la rabia...

Por abreviar, el Tuerto demostró el peligro consiguiente á la vecindad de Bernardico y Teresa, *ó doña Teresa*, y el padre acabó oponiéndose con energía al regreso. Al instante otra cuestión:

—¿Qué hacemos del *pollo*?

—Cuatro palabritas más — pidió el prudente amigo, y explicó los proyectos de Bernardo:

—Su ansia es, mejor, era, establecerse: ahora que la edad...

También se venció el problema de la edad. En un gran rato el Tuerto simuló que iba desechando soluciones que se le iban ocurriendo. Súbitamente lanzó una exclamación como un taponazo de gaseosa, repicó

castañuelas con los dedos y exigió albricias.

—¿Qué le parece? Usted, señor Pedro, firma las cuentas por Bernardico, figura el amo... Y en pago, nuestro *pollo*, se compromete á servirle primero que á nadie...

Aunque ni le deslumbró la idea, ni siquiera la encontró de una regular conveniencia, accedió el patriarca. Necesitaba desahogar su pecho con un respiro así. Y cuando Teresa, don Diego y Miguel le advirtieron de que el Tuerto, «un pillo, un granuja», lo embaucaba de acuerdo con Bernardo, él, Pedro, meneó los hombros entristecido y suspiró:

—¡Ps... ¡me ha caído esa desgracia..! Me imagino que tengo un hijo lisiado... Ea, callemos.

Callaron, y Bernardo se aprovechó. En un periquete armó la tienda. Pronto algunos arrieros le confiaban fardos y demás, la gitanería tertuliaba en la puerta. A Bernardico le acometió una arrebatadora fiebre de trabajar. Trabajaba de amanecida á amanecida. Pasaba aquello de: «Me lo dejaré á las seis.»

Y á las seis: «Total por dos ataharres... Casi, casi... ¡Hasta las siete!» A las siete sentía «pereza de salir», y al segundo bostezo, por no aburrirse, encendía el velón, se calzaba el guante de correal y reanudaba sus cosidos de ataharres ó embutía con paja las albardas ó bordaba estrellas en una cabezada. Se acostaba rendido, y con la obsesión de morirse, de reventar de puro fatigarse encorvándose al caballete. De fijo que si como no le preocupaba, le preocupa el tocado del rostro, y se afeitara, siempre luciría la clásica barba de una semana — una barba de alfileres — por *no disponer de tiempo*, etcétera.

Alquiló un rapaz — mitad zorra y mitad conejo, con cara de pico y voz de flauta, flaco — que le ensebase bramante, barriese la alcoba, aparejase el lecho y le trajese el cocido de un bodegón. El señor Pedro á largas fechas visitaba á su hijo; sermoneábale. Después, Vicente caricaturizaba los sermones del anciano, no obstante que Bernardo protestaba y se acobardaba, con un miedo supersticioso, al oir las socarronerías y las des-

templadas agudezas de su casero. A Vicente, sólo por una casualidad no se le hallara en la jalmería. De mañana acudía, con su honda taza de las sopas, que él llenaba de vino, y al beber se contemplaba en el obscuro espejo de la superficie del mosto y se llamaba con dulces, tiernos nombres —pimpollo, flor de santidad, cordero.,.—. El Tuerto compadecía á Bernardo, por su timidez y porque Bernardo cometía «el absurdo de matarse para vivir». El mozo, sin explicarse de qué manera, había intimado con el paradójico usurero y claro vago, quien le dominaba y á quien admiraba á pesar de los pesares. A una orden del Tuerto confesaba Bernardo su secreto más escondido.

Transcurrieron tres años, y la tienda, con los cuidados del dueño florecía en oro, y las alcobas y la cocina, con los descuidos del cara de pico, se plagaron de suciedad. Llegó la roña un verano á un extremo que alborotó á Bernardo. Cierta noche que le atenacearon mil suertes de enemigos y pestes, entre bote y voto y entre voto y cachete á los brazos, á

la espalda, á las piernas, notó la urgente precisión de unas escudriñadoras manos femeninas en las junturas del catre. Pensó el albardero sustituir el rapaz con una mujer los sábados. Mas acordándose de su juventud, ó por más exacto, su vigorosa juventud acordándose de él, él decidió, tras un vacilar monumental, no alquilar... apropiarse una mujer. En breves razones: Bernardo determinó su matrimonio... si conseguía una dote.

Alumbró el sol, y el jalmero confidenció con el Tuerto, que aplaudía. Respective á la dama, señaló el pretendiente, ruborizándose, una vecina, viuda, fácil de lograr por su historia novelesca, ni vieja, ni zagala, jamona y con dineritos. El Tuerto redobló los aplausos, y considerando la inexperiencia del galán, se adelantó á allanar el terreno, lo allanaba de buena fe; pero plugo á la fatalidad que la viuda cecease y que á Vicente le enloqueciera de gusto eso de oir cecear... y Bernardo se quedó sin compañera...

Por sabido que se agrió la ejemplar amistanza, y á no existir la impedimenta del al-

quiler seguro y del sitio de tránsito, no se dude que rompen los modernos Castor y Polux. No rompieron, y si se quiere, el burlado aún se regodeó en el fondo de su alma, que dedujo para su utilidad la fórmula de perfección «no fiarse en lo sucesivo ni de su sombra...» La madeja de su desposorio él la desenredaría. En efecto: corrió, olfateó, husmeó y alcanzó á la postre una mujercita enana, gordezuela, aceitosa la piel, una verruga en la barbeta, los cabellos castaño pálido y á pequeños rizos, anillo con un diente en una mano, cruces, cordón de siete nudos contra el dolor de muelas, ignorante, beata, humilde, pobre de espíritu, huérfana, poseedora de unos miles de reales; su gracia, Pilar...

Con la esperanza el señor Pedro de que el matrimonio corregiría á Bernardo, celebró la boda con un ruido y un barullo inusitados en la Albardería. Adquirió el capón y el pavo mayores de la plaza; en frutas y pescado volcó el cuerno de la abundancia en el capazo de las provisiones. Convidó á los no-

vios á pasear en una señoril tartana cuadrada por el huerto de los Alamos y á un chocolate en el, á la sazón, único café de la ciudad. Les convidó también á luneta en el teatro de «Las Musas», teatro cuyo público arrebataba aquel coloso de Valero, y les llevó á que les eternizase en sus hojalatas el «signore Ludovico», un italiano que acababa de presentarse con la maravillosa nueva de la fotografía. A Pilar se le saltaban los ojuelos, y á Bernardo, impasible, no se le marchaba ni en las mejillas ni en la nariz el rojo de que las tiñera la comilona. Juzgaba el patriarca una sana y robusta alegría la rojez y, estallante de felicidad, participaba á sus conocimientos la nueva de la redención de Bernardo; incluso á las gemelas lo comunicó, y las gemelas lo escucharon sonriendo de inocencia y chupándose un dedo...

No tardó en desengañarse el ilusionado patriarca: al obscurecer del mismo día de la boda... Acaeció que con el propósito de divertirse y de divertirles, el señor Pedro siguió á los recién casados á su nido, les hurtó

con cautela la llave, compró á un pastelero del barrio un merengue, refocilándose con la idea de la sorpresa tornó al nido, se coló en las habitaciones, y avanzando, avanzando, donde se imaginaba sorprender un juego idílico-cómico, topóse á los desposados que, á la luz de una capuchina y en silencio, examinaban los reales dote de Pilar...

POST SCRIPTUM

EVOCACIÓN

Lector del alma mía: se han acabado los cuentos: consiénteme, sin embargo, un último instante de charlar contigo.

Quisiera que habláramos de una masada que hay en un valle de mi tierra...

Está la masada encima de un pueblo, más allá de la herrería, de la venta, de unas huertas, del barranco... Así que se gana la movible y resbaladiza pasarela de pedruscos, en cuanto dejamos atrás el agua cantarina y transparente — como dejáramos antes el dulce tintinear del hierro, y el colosal racimo de negras uvas y la noria que vierte espejos de sus cangilones... —, ya no queda por andar más que ese trozo de carretera en que vibran tantas cigarras...

... En la lejanía, sobre unas montañas de un color violeta con manchas de un azul sordo, humea y se inflama el enmelado cielo estival...

¡La masía! Se abre un portón y entramos en un amplio sendero, todo orlado de rosales; y un lado lo llenan naranjos y al otro alternan en una corona los cipreses, que suben, y las palmas, que caen; en medio, una capilla gótica con sus vidrieras emplomadas; allí junto, un pozo con el brocal labrado como un búcaro, y después la umbría idílica de unos pinos.

El caminal de las rosas se termina al pie de las gruesas pilastras que sostienen el emparrado, y las seis pilastras evocan la visión de seis gigantes que llevaran un enorme cañizo al sol y al aire de las colinas. Bajo de los pámpanos se desperezа voluptuosamente un arco moro, y bajo del arco un mastín; se sigue el patio con una higuera secular. Y á la siniestra, alza la vivienda su pared, jalbegada, con unas celosías verdes, y con unos jazmines que trepan como la hiedra, alrede-

dor de un bronce en que se glorifica un poeta que murió en la masada...

En fin, en un ángulo se eleva hasta las nubes una torre tunecina de almenas triangulares y respiraderos de herradura. La torre, pintada á fajas blancas y carmesíes, se recorta en la diafanidad y revolean en torno á su limpia silueta los palomos. Las dentelladas almenas rematan en un airón de trapo, una bandera inquieta como las llamas de un fuego grande...

Cuando yo estuve allá, igual que Gustavo el Vihuelista, llevaba propósito de adelantar lo que me rezagara en la corte. Me escribí un programa en un libro de horas. Y el primer día no aparté los ojos de unos panzudos volúmenes... Pero una hamaca ofrecía una siesta en el pinar. Pero, ¿cómo no escuchar esta anacreóntica que riman unas abejas y el jazmín rumoroso al viento? Pero, ¿no sabría yo que son sagradas las noches del verano? Pero, ¡se divisaba un panorama tan anchuroso y tan pintoresco desde la torre árabe!..

Además, desprendíase de la lámpara del comedor una suave y sentimental poesía·

descubrí un piano; y olvidados en un armario hallé un chal y un femenil sombrero con amapolas; y conservaba la alcoba donde agonizó el poeta sus muebles antiguos, una cama de pabellón de brocatel, unas butacas Luis XV, candelabros de porcelana en la chimenea, y en los muros varias estampas del descubrimiento de América...

He regresado á la corte... Aún no figuro, contra lo que se esperaba, ni de notario, ni de juez, ni de catedrático. Se me fué el tiempo de la masada en componer, con el auxilio de mi pipa de cerezo, las historietas que anteceden. Si tú, lector del alma mía, me absuelves de mi pecado y aplaudes las dichas novelitas, bendice la hermosa y ¡ay! añorada casa del valle. En gracia á su abundancia y á su amenidad cierro este libro como principié aquel de las pastorelas, con los saludables versos del «Viejo de Teos»:

No quiero las riquezas
de Giges, rey de Lidia,
que nunca tuve envidia
del oro y las grandezas.

Quiero de frescas rosas
los cabellos ceñirme;
quiero la barba ungirme
de esencias olorosas.
Me importa que süave,
ocurra lo que ocurra,
el día de hoy transcurra;
del mañana, ¿quién sabe?

Madrid, 1907.

FIN

INDICE



OBRAS DEL AUTOR

PÍO BAROJA.

POR TIERRA FRAGOSA...

LAS SIESTAS DEL CAÑAVERAL.

EN PREPARACIÓN

ESTÍO.

LUNA ROMÁNTICA.

ABANICO.

